



HARLEQUIN™

INTRIGA

2x1

SECRETOS EN
EL SILENCIO

Gayle Wilson

ANTES DEL
AMANECER

Joanna Wayne

SECRETOS EN EL SILENCIO

Gayle Wilson



HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2001 Mona Gay Thomas. Todos los derechos reservados.
SECRETOS EN EL SILENCIO, N.º 69 - 3.1.10
Título original: Secrets in Silence
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises Ltd.

© 2004 JoAnn Vest. Todos los derechos reservados.
ANTES DEL AMANECER, N.º 69 - 3.1.10
Título original: Just Before Dawn
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises Ltd.
Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 2004.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8089-3
Editor responsable: Luis Pagni

Prólogo

Estuvo a punto de escapársele. Le ardían los ojos del cansancio y tenía la visión borrosa. Iba a dejar la fotografía en el montón de las que ya había examinado cuando algo le llamó la atención. Algo que parecía estar fuera de lugar...

Sin apartar los ojos de la fotografía, palpó la superficie del escritorio para tomar la lupa y enfocó con el cristal la parte que le había llamado la atención. Se quedó paralizada, hasta que empezó a temblarle el pulso. Después dejó la lupa en la mesa con mucho cuidado. Le latía el pulso con tanta fuerza que todo lo demás se desvaneció. Todo, excepto la fotografía y la pequeña y curva línea roja que desaparecía bajo el pelo rubio.

Levantó la cabeza, cerró los ojos y se los masajeó con las puntas de los dedos. Aquello era demasiado importante como para equivocarse. Tenía que estar completamente segura de que lo

que veía era lo que llevaba buscando durante todos aquellos meses. Mientras lo hacía, se dio cuenta de lo cerca que había estado de perderlo, y tuvo una náusea. Si no hubiera ampliado el presupuesto para contratar a un investigador que le enviara todo el material que tenía frente a ella, nunca lo habría visto.

Tomó aire, concentrándose en calmar el ritmo de su pulso y en que las manos dejaran de temblarle. Le preocupaba examinar la fotografía de nuevo por si se había equivocado, pero por supuesto, solamente había una forma de asegurarse.

Abrió lo ojos y volvió a mirarla. Colocó la lupa exactamente sobre el mismo punto que había estado estudiando antes: sobre el tallo curvo de la pequeña rosa roja que el asesino había dibujado en la nuca de su víctima, casi diez años atrás.

«El principio del fin», pensó. No importaba cuál fuera el resultado de la búsqueda que había emprendido más de ocho meses antes; al menos una de las preguntas que la había obsesionado durante toda su vida acababa de ser respondida.

Incluso en medio de aquella victoria, se dio cuenta de que no tenía a nadie con quién compartirla. Nadie que pudiera sentir lo mismo que ella. Todos se habían ido. Toda la gente para la cual aquello pudiera haber significado algo. Ella era la única que quedaba. La única superviviente. Ella era la que tenía que hablar en su nombre.

Miró de nuevo la fotografía. Otra niña pequeña, con el pelo tan rubio que casi era blanco. Katherine Delacroix.

Había tenido un nombre y una vida. Hasta que él se lo había quitado todo.

Abrió una carpeta y miró todas las fotografías que contenía. Y aquella vez las vio de verdad. Vio a la otra niña a la que habían retratado. Al menos, lo que él había dejado de ella. El cuerpo roto y vacío de otra niña que él había destrozado.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Eran lágrimas inesperadas, porque ella nunca lloraba. No podía recordar la última vez que había experimentado una emoción tan fuerte que la hiciera llorar.

Katherine. Y Mary. «Por vosotras», les prometió. Y la imagen que tenía enfrente se hizo borrosa de nuevo. «Por vosotras. Y por todos nosotros».

Capítulo 1

Ola de calor. Callie Evers había oído muchas veces aquellas palabras, por supuesto. Pero no estaba segura de que hubiera entendido el significado hasta aquel día.

Cuando había llegado al Point Hope aquella tarde, el calor y la humedad del ambiente habían hecho que respirar le costara un esfuerzo, y que el sudor le mojara la ropa. Sin embargo, un poco más tarde, sentada en una mecedora en el porche trasero de la casa donde había alquilado una habitación, se encontraba menos acalorada. Y además, tenía vistas a las tranquilas aguas de Mobile Bay.

Se sobresaltó al oír el ruido de la puerta. Elevó la mirada y vio a la dueña de la casa, que se acercaba con dos vasos de té helado en una bandeja. Tomó uno de ellos y le dio las gracias con una sonrisa.

—Dios mío, ya casi ha anochecido y todavía

hace tanto calor —dijo Phoebe Robinson, y tomó un sorbo de té—. Supongo que no estás acostumbrada a este tipo de calor. ¿O sí? Nunca estoy segura de la geografía. Me imagino que es porque hace mucho tiempo que dejé la escuela. ¿Charlotte está cerca del mar?

—No —dijo Callie, observando el panorama que se extendía ante ella. La oscura bahía se había convertido en un espejo en el que se reflejaba el cielo del anochecer, y el sol moribundo lo había teñido de púrpura y dorado, como si alguien hubiese tirado pintura sobre la superficie del agua. La Costa Este era famosa por sus puestas de sol, y aquella era un buen ejemplo.

Sin embargo, ya era de noche bajo los árboles que se alineaban por la orilla, y sus ramas negras formaban siluetas extrañas contra el espectáculo. Por primera vez desde que había llegado a Point Hope, le pareció posible que algo tan brutal como el asesinato de Katherine Delacroix hubiera sucedido allí.

—Supongo que te llevará unos pocos días aclimatarte —dijo Phoebe—. Tómate tu tiempo, querida. Es la humedad, y no el calor, lo que verdaderamente pasa factura.

Callie se llevó el vaso a los labios para ocultar la sonrisa que le produjo aquel manido comentario sureño. El frío y la dulzura de la bebida se le extendieron por la boca, y tuvo que reprimir el impulso de pasarse el vaso por toda la cara para refrescarse.

La luz estaba desapareciendo por completo, y los colores de la superficie del mar habían desaparecido. Ya había algunas estrellas, y pronto re-

sultaría imposible saber dónde terminaba el agua y empezaba el cielo.

En aquella tranquilidad se oía el chapoteo rítmico de las olas contra la orilla. Aquel sonido reconfortante le facilitaría el sueño, a pesar de su nerviosismo. Cuando había tomado la decisión de ir a Point Hope, se había sentido como si fuera la culminación de un largo viaje, en vez del principio. Sin embargo, cuando había llegado, su impaciencia se había agudizado.

—¿Vacaciones?

Absorta en sus pensamientos, se había olvidado de su casera, y la pregunta le pareció casi una intrusión.

—¿Perdón?

—Te he preguntado si has venido de vacaciones —repitió Phoebe—. No tenemos muchos turistas en esta época del año. El otoño es la mejor estación del año en Point Hope. El otoño es glorioso.

—Me temo que no estoy de vacaciones —Callie dudó, pero finalmente, se lo dijo. Tendría que decírselo más tarde o más temprano—. Estoy aquí para escribir un libro.

—¿Eres escritora? ¿Alguien a quien yo conozca?

—Probablemente no —admitió Callie, divertida por lo directo de la pregunta.

A Phoebe no podría resultarle familiar su nombre, a menos que hubiera visto alguna vez la pequeña revista semanal para la que escribía su columna. O a menos que estuviera suscrita a una de las revistas a las que le vendía reportajes sobre folclore, tradiciones y cultura para asegurar su solvencia económica.

—¿Es una novela romántica? —le preguntó Phoebe esperanzadamente—. Sally Tibbs, la bibliotecaria, me guarda las novedades.

Callie, recordando que tenía que explicárselo, y que tenía que empezar de alguna forma, le dijo sin ambages:

—En realidad, estoy escribiendo un libro sobre el asesinato de Katherine Delacroix.

Las palabras se quedaron suspendidas en el aire durante un instante interminable. Después, Phoebe preguntó, con la voz apagada:

—¿Kay-Kay? ¿Has venido por Kay-Kay?

—¿La conoció, señora Robinson?

—Todo el mundo se conoce en Point Hope —dijo la anciana despectivamente, como si aquello fuera algo que Callie debiera saber—. Yo le daba clases a Kay-Kay en la escuela dominical de la First Baptist Church. No faltaba ni una vez. El domingo anterior a...

A pesar de que las palabras se interrumpieran, Callie supo cómo terminaba aquella frase. «El domingo anterior a su asesinato». El asesinato de una niña de diez años, que nunca sentiría el calor y la humedad del verano, ni leería una novela, ni se enamoraría de un hombre.

—¿Me contará cosas sobre ella? —le pidió Callie. Aunque había intentado controlarse, la emoción hizo que la voz le sonara ronca. Y le pareció que transcurría mucho tiempo hasta que Phoebe respondió.

—No nos gusta hablar de Kay-Kay. Ni del asesinato. Ya tuvimos bastante conversación cuando ocurrió como para llenar una vida entera.

—Sé que es doloroso para aquellos que la co-

nocieron, pero... Ella era uno de ustedes. Alguien que...

La mecedora crujió cuando la anciana se levantó. La brusquedad de aquel movimiento cortó el argumento de Callie.

—No nos gusta hablar sobre ello —repitió Phoebe.

—Créame, lo entiendo —le aseguró Callie—. Pero aquí murió una niña. Y la gente tiene derecho a saber por qué.

—Derecho a saber quién —dijo Phoebe, en tono acusatorio—. Eso es todo lo que te interesa. A ti y a todo el mundo. Sólo quién lo hizo.

—Por supuesto —dijo Callie. Por supuesto que aquello era lo que la gente quería saber. La identidad del asesino de Katherine Delacroix era lo que todo el mundo había querido saber durante diez años.

Era una pregunta que nunca había tenido respuesta. No se descubrió lo suficiente como para conseguir una orden de arresto contra el asesino, y mucho menos una condena. Y parecía que aquello nunca ocurriría, a menos que alguien que no fuera de aquel pequeño pueblo sureño les echara una mano.

—Tom Delacroix está muerto. Lo mejor es dejarlo estar —dijo Phoebe.

—¿Usted cree que lo hizo él?

—No importa lo que yo piense. No importa lo que piense cualquiera —dijo Phoebe, con la voz muy aguda.

—Sí tiene importancia, si no fue él quien lo hizo —le recordó Callie. Porque si Tom Delacroix no había matado a su hija...

—Ben Stanton —dijo la anciana. Sólo entonces, Callie se dio cuenta de que Phoebe había caminado hasta la puerta de la casa. Apenas distinguía su figura, en la oscuridad.

—¿Ben Stanton? —le preguntó, aunque su nombre le resultara familiar. Cualquiera que supiera algo del caso Delacroix conocía aquel nombre.

—Si alguien sabe algo, ese es Ben Stanton. Él lo sabe todo. Habla con él.

Callie abrió la boca para pedirle algo de información sobre el hombre que había estado en el centro de la investigación durante aquellos diez años, pero el ruido de la puerta al cerrarse terminó con el intento.

Se consoló a sí misma diciéndose que podría preguntarle por la mañana. Aquello le daría a Phoebe el tiempo necesario para acostumbrarse a la idea de que estaba allí por el asesinato de Katherine. Y de que, a pesar de lo que quisiera la gente de Point Hope, el mundo exterior no iba a olvidar a la niña que había muerto aquella noche.

«Pregúntale a Ben Stanton», le había aconsejado Phoebe. Y, después de todo, aquello era exactamente lo que había ido a hacer allí.

—¿Vas a salir, querida?

En cuanto Callie puso los dos pies en el piso de abajo, la voz de Phoebe salió flotando del salón. Callie entró por la puerta doble de la estancia.

Phoebe estaba sentada en la mesa, jugando a las cartas con otras tres personas. Al enfocar la vis-

ta, Phoebe se dio cuenta de que todos eran de la misma edad, y de que la estaban mirando a ella, en vez de mirar sus cartas.

—Vamos, querida, voy a presentarte a mis amigos —dijo Phoebe.

Aparentemente, la inquietud que su casera hubiera podido sentir hacia ella se había disipado durante los días que había pasado allí. O quizá los buenos modales innatos de Phoebe le impedían tratar a su huésped con otra cosa que no fuera hospitalidad sureña. Callie obedeció y se acercó a la mesa.

La anciana que estaba sentada enfrente de su casera tenía la piel igual de blanca que Phoebe, pero no tenía el pelo blanco, sino teñido de castaño. Llevaba unos pendientes de brillantes y muchos anillos, y estaba observando atentamente a Callie con sus ojos verdes, a través de unas gafas muy gruesas.

—Virginia Wilton —dijo Phoebe, señalándola con la mano en la que no tenía las cartas—. Tommy Burge —continuó, indicando al hombre delgado que estaba sentado a su lado—, y este es Buck Dolan —terminó.

Dolan, que era obviamente varios años más joven que los demás, estaba muy bronceado, y se adivinaba que había sido un hombre muy guapo a la manera clásica. Tenía tanto pelo, y lo tenía tan oscuro, que Callie se preguntó si sería suyo.

—Ella es Callie Evans. Va a quedarse conmigo un par de semanas más.

Parecía que Phoebe no tenía ninguna intención de compartir la incómoda razón por la cual Callie iba a quedarse con ella dos semanas. Por

supuesto, como Callie había pasado los tres días anteriores familiarizándose con el pueblo y con sus lugares más importantes, especialmente los relacionados con el asesinato, se imaginó que los tres sabrían perfectamente por qué estaba allí.

—Encantada de conocerla —le dijo Virginia Wilton—. Phoebe me ha contado que es de Charlotte. Yo fui al colegio con una chica que se apellidaba Evers, de Carolina. Belinda Evers. ¿La conoce?

—No creo.

—Su padre era médico. Muy buena familia. Si no recuerdo mal, de casada era Robert.

—No creo que los conociera —dijo Callie, reprimiendo una sonrisa ante aquel intento descarado de averiguar sus antecedentes. Era una forma de interrogatorio aceptada allí en Virginia, así que todas aquellas preguntas no podían considerarse una falta de educación. Era, simplemente, la forma de saludar a los nuevos conocidos, intentando hacer que encajara también entre los contemporáneos de uno.

—¿Está de vacaciones? —le preguntó Tommy Burge.

—No tengo tanta suerte —respondió Callie—. En realidad, estoy trabajando.

Se dio cuenta de que el delgado cuerpo de Phoebe se erguía en la silla, casi como si estuviera intentando lanzarle una señal. Sin embargo, sus amigos también vivían allí, y debían de conocer la zona tan bien como su casera. Sus puntos de vista sobre la gente involucrada en el caso Delacroix no tendrían precio.

—No dejes que te entretengamos, querida —le dijo Phoebe.

—¿Trabajando en qué? —le preguntó Buck Dolan, con un acento sutilmente diferente al de los demás, que no parecía sureño.

—En el caso de Katherine Delacroix —respondió ella.

Al oír aquellas palabras hubo un cambio evidente en sus posturas. Fue casi como si se encogieran, como si ella hubiera pronunciado una herejía en la iglesia.

—Callie está investigando para escribir un libro sobre Kay-Kay —dijo Phoebe, demasiado risueña.

—¿De verdad? —preguntó Burge—. Creía que la gente había perdido finalmente el interés por aquel asunto.

—No creo que pierdan el interés hasta que esté resuelto —replicó Callie.

—Así que nos veremos obligados a soportar a los desagradables medios de comunicación por siempre jamás.

Callie observó a Dolan con atención. Su tono de voz había sido menos amable que el de los demás.

—¿Eso significa que usted no cree que se resolverá, señor Dolan?

—No, mientras nosotros vivamos. Han ido enrevesando las cosas demasiado desde el principio.

—¿Quién?

—No le haga caso a Buck —dijo Virginia—. Nunca le cayó bien Ben Stanton. Cree que Ben debería haber sido capaz de resolver el caso, y en vez de eso... —se encogió de hombros.

—Usted piensa que la policía llevó mal el caso —dijo Callie.

—Creo que la policía nunca debería haber intentado llevar a cabo aquella investigación. ¿Qué credenciales tenía Stanton para pensar que estaba cualificado para investigar un asesinato? Pasar una temporada en el Criminal Investigation Department no le prepara a uno para enfrentarse a un caso así. Está bien que jugara a ser policía cuando todo lo que tenía que hacer era poner multas, pero resolver un asesinato estaba más allá de su capacidad. Mucho más allá.

—Recurrió al FBI —apuntó Phoebe, separando mucho las sílabas y pronunciándolas con precisión—. Lo sabes, Buck.

—Cuando ya era demasiado tarde —replicó Dolan.

—A mí, Ben siempre me ha caído bien —dijo Virginia—. Era el joven más agradable del mundo. Al menos, hasta el asesinato.

El asesinato. Aquel era uno de los pocos lugares en la civilización moderna en los que se podía uno referir al asesinato de una niña de diez años como «el asesinato» y estar seguro de que todo el mundo entendía a qué se refería.

Nada de lo que habían dicho era nuevo para Callie, ni le ofreció información sustancial sobre el crimen, pero al menos estaban hablando, y parecía que su hostilidad inicial hacia lo que ella estaba haciendo se había disipado.

—Estúpido —dijo Buck despreciativamente—. Stanton nunca debería haberse puesto en aquella situación. Debería haber tenido el suficiente sentido común como para darse cuenta desde el principio de que aquello lo superaba.

—Nadie hubiera podido saber nada desde el

principio —comentó Tommy Burge razonablemente—. Tú tampoco, Buck. No se puede esperar que la policía sea capaz de leer la mente.

—No es leer la mente —dijo Virginia—. Tú te refieres a esa gente que puede adivinar el futuro. Los videntes. Eso es lo que tú quieres decir, Tommy. No podía ser un vidente.

—Pero podría haber sido un buen policía —dijo Buck—. Un buen policía ve una escena como aquella y es capaz de saber qué ha ocurrido. Y él no fue capaz.

A Ben Stanton lo habían llamado aquella mañana para que buscara a una niña que se había escapado de casa durante la noche, mientras su padre dormía. De acuerdo con la mayoría de las versiones, él no tenía razones para desconfiar, en un principio, de lo que le habían dicho. Alguien había abierto la puerta trasera de la casa desde dentro, y no había señales de lucha.

—¿Ha sido usted agente de la ley, señor Dolan? —le preguntó Callie—. Parece que tiene mucha experiencia.

La risa de Phoebe, ruidosa e inesperada, resonó por la habitación. Dolan la miró con los ojos entrecerrados. «No le cae bien», pensó Callie, pero la intensidad de aquella mirada sólo duró un segundo o dos. Cuando volvió a mirarla a ella, todavía con los ojos entrecerrados, no estaba segura de quién de las dos le desagradaba más.

—Yo nunca he sido policía, señorita Evers, pero tampoco soy tonto. He leído mucho sobre crímenes reales. Y sé lo que se supone que tiene que hacer la policía. En este caso no lo hicieron.

—Ve a hablar con Ben —le aconsejó Virgi-

nia—. Ninguno de nosotros estábamos en la piel de Ben Stanton aquella mañana, así que no sabemos lo que habríamos hecho. Tú tampoco lo sabes, Buck, así que cállate.

—En retrospectiva, todo se ve de forma diferente —añadió Tommy Burge.

—Chorradas —dijo Dolan—. Cualquier buen policía...

—Vigila lo que dices, Buck Dolan —le regañó Phoebe—. Sabes que no me gusta ese tipo de lenguaje, y menos en mi casa. Sobre todo, si hay una señorita presente.

Callie tuvo que reprimir de nuevo las ganas de sonreír, al recordar el lenguaje que usaban en la sala de redacción la mayoría de sus compañeros de trabajo y amigos.

—Lo habrá oído peor —dijo Buck, como si fuera el eco de su pensamiento.

—No. En mi salón, no. Y no lo hará —dijo Phoebe con firmeza—. Y ahora, dejad de hablar de Ben. Ella va a pensar que no somos más que unos paletos ignorantes. Y no es así como queréis que describa Point Hope en el libro que está escribiendo, ¿verdad?

Aquello había sido una advertencia más que evidente, y Callie sólo pudo esperar que no cortara el flujo de información.

—No sería la primera vez —dijo Burge—. Ninguno de nosotros salió oliendo a rosas de aquello.

—Estoy segura de que Callie —dijo Virginia— no tiene eso en mente.

—¿Y qué es, exactamente, lo que tiene en mente? —le preguntó Buck sarcásticamente, con los ojos azules clavados en su cara.

—Descubrir a un asesino —dijo Callie—. Supongo que es lo que quiere todo el mundo.

No hubo respuesta. El silencio se prolongó y se convirtió en algo tan incómodo que, finalmente, ella misma lo rompió, añadiendo:

—Quizá podamos hablar más tarde. Realmente, me gustaría entrevistar a tanta gente como pueda, gente que viviera aquí cuando todo sucedió.

—Jugamos a las cartas todos los martes y los viernes —dijo Virginia, con aspecto de sentirse aliviada porque la conversación se hubiera apartado de la palabra «asesinato»—. Las partidas son en casa de Phoebe porque ella ya no conduce. La mayoría de los días, Doc nos hace una visita, para vernos. Doc no juega a las cartas. Nunca lo ha hecho, que yo recuerde.

—¿Doc? —preguntó Callie.

—El doctor Everett Cooley. Supongo que también querrá hablar con él. Él era el forense, entonces. Hoy habría estado aquí, pero tenía que ir a Mobile.

—Llevaba a Ida Sullivan al oftalmólogo —dijo Phoebe, con una nota de censura en la voz—. Le dije a Everett, cuando vino la otra noche, que está permitiendo que esa mujer se aproveche de él.

Callie se preguntó, dado su tono, si Phoebe no estaría celosa.

—Doc deja que todo el mundo se aproveche de él —dijo Virginia—. Sólo Dios sabe todo lo que ha hecho por ti y por mí, Phoebe, así que no deberías quejarte porque ayude a la pobre Ida.

—No me estoy quejando por eso —replicó Phoebe, indignada—. Pero no me gusta que la

gente le tome el pelo. Se supone que ya estaba retirado —le dijo a Callie, a modo de explicación.

—Sin embargo, no puede decirse que haya recortado mucho sus horas de trabajo —añadió Burge—. Es el único médico que todavía hace visitas a domicilio.

—A Dios gracias —dijo Virginia con vehemencia, cambiando de posición una de las cartas que tenía en la mano.

Hubo otro silencio embarazoso.

—Bueno, no dejes que te entretengamos más, querida —le dijo Phoebe, finalmente—. Estoy segura de que, escribas lo que escribas, serás justa. Después de todo, la gente de aquí no tiene nada que ver con... lo que ocurrió. Vete a hablar con Ben. Él puede contarte mucho más que ninguno de nosotros. Más que nadie de todo el pueblo.

—Tenía la intención de entrevistarme con el capitán Stanton —dijo Callie—. De hecho, quería hacerlo esta misma mañana. ¿Podría alguien darme la dirección?

Dolan murmuró alguna vulgaridad entre dientes, que atrajo otra mirada de reprimenda de su anfitriona. Fue Tommy Burge el que respondió la pregunta de Callie.

—Tome la carretera principal y siga las indicaciones hacia Mullet Inlet. Stanton tiene unas tierras al lado del mar. Cualquiera le dirá la dirección. Y, si no, pare en Galloway Grocery y pregunte. Así no se perderá.

—Gracias —dijo ella, paseando la mirada por toda la mesa para despedirse de ellos individualmente.

Sin embargo, la atención colectiva ya había

vuelto a las cartas. La habían despachado, eficientemente, y la habían enviado a que se entrevistara con el hombre que había soportado la carga de un asesinato sin resolver durante los diez años anteriores. Y, a juzgar por la reacción de aquellos habitantes de Point Hope hacia sus preguntas, se imaginaba el entusiasmo que iba a sentir Ben Stanton cuando ella apareciera en la puerta de su casa.

Capítulo 2

Cuando llegó al final de la carretera embarrada, bordeada de árboles cubiertos de musgo, Callie se dio cuenta de que las tierras al lado del mar de Stanton no eran lo que ella había imaginado. Nada de la atmósfera de ricos de toda la vida, de gente adinerada venida a menos que se respiraba en aquel pueblo.

La primera cosa que llamó su atención fue el todoterreno que estaba aparcado al lado de la casa. El coche estaba descolorido de la exposición al sol y a la humedad del mar. Y la casa, de madera de cedro, era poco más que una cabaña.

Detrás había un pequeño embarcadero y un barco que, según su estimación, seguramente valía más que todo el resto. Además, a diferencia de todo lo demás, estaba muy nuevo y bien cuidado.

Callie respiró hondo para tranquilizarse y reunir valor antes de abrir la puerta del coche. En

cuanto lo hizo, el calor, que se le había olvidado dentro de la burbuja de aire acondicionado del coche, la asaltó con algo parecido a una fuerza física.

Salió y cerró con cuidado. No quería darle a Stanton más avisos de los necesarios. Se quedó junto al coche un momento, escuchando. Lo único que se oía era el zumbido de los insectos. No había ningún sonido de televisión ni de radio que saliera de la cabaña. Ninguna señal de su dueño.

Si no hubiera sido por la presencia del barco y del todoterreno, ella habría vuelto a entrar en el coche, dispuesta a convencerse a sí misma de que Stanton no estaba en casa. A menos que hubiera salido a dar un paseo, sin embargo, era evidente que sí estaba. Y tenía que hablar con él...

De repente, notó que el vello de la nuca se le erizaba, y supo que alguien la estaba observando. No veía nada más allá de la pantalla-mosquitera de la puerta de la cabaña, pero sabía que había alguien detrás.

Se obligó a sí misma a avanzar hacia la casa. «No dejes que sepan que tienes miedo». Sonrió al pensar en aquella frase, aliviada de tener algo para distraerse. Además, fuera cual fuera la respuesta de Stanton a su visita...

—Ya está bien.

De nuevo, enfocó la mirada en la pantalla de la puerta. No había duda de dónde provenía aquella voz. Y a causa de su posición, él tenía toda la ventaja. La veía claramente, y sin embargo, estaba oculto como si estuviera en mitad del espeso bosque que rodeaba la cabaña.

—¿Señor Stanton?

—¿Quién es y qué quiere?

—Me llamo Callie Evers. Me gustaría hablar con usted.

Hubo un silencio, lo suficientemente largo como para que ella fuera consciente de nuevo del zumbido de los insectos.

—¿Sobre qué? —preguntó él, finalmente.

Hubo algo en su tono, algo como un recelo habitual, que le indicó a Callie que él sabía por qué estaba allí. No sería la primera persona extraña que se había acercado a él en la última década. Probablemente, su radar estaba sintonizado para localizar a los intrusos curiosos.

—Sobre Katherine Delacroix.

Mientras contestaba, dio los pasos que faltaban hasta llegar a los escalones del porche. Al contrario que el resto de los porches del pueblo, aquel no tenía mecedoras ni plantas. Era evidente que no estaba pensado para resultar hospitalario.

—Entonces, está perdiendo el tiempo —dijo Stanton.

—Tengo mucho tiempo.

—Yo no.

Deliberadamente, ella paseó la mirada a su alrededor, por la vegetación salvaje y por el todoterreno, que no había recibido ni un manguerazo en meses. Cuando volvió a mirar hacia la pantalla de la puerta, sonreía abiertamente.

—Ya veo lo ocupado que le mantiene su casa, señor Stanton —dijo, intentando que su voz sonara relajada—, así que le prometo que no le robaré mucho de su valioso tiempo.

—No me robará nada —le dijo, en un tono incluso más frío que el anterior—. Busque lo que

busque acerca del caso Delacroix, no lo encontrará aquí.

—Yo creía que usted era el experto.

—Creyó mal.

—Usted dirigió la investigación.

—¿No prefiere decir que «hice una chapuza de investigación»? —dijo él, burlonamente.

—¿Lo hizo? —le preguntó, arrepintiéndose en aquel momento de haberle hecho caso a sus escrúpulos y no haber encendido la grabadora.

—Salga de mi propiedad.

La ira había sustituido a la ironía anterior.

—Si no hizo una chapuza, ¿por qué no quiere hablar conmigo? ¿No quiere que el caso se resuelva?

—No voy a hablar con usted porque es una morbosa, señorita Evers. Y a mí no me gusta la gente morbosa.

—No sabe nada de mí, ni de mis razones para estar aquí.

—Si quiere hablar de Katherine Delacroix, entonces es una morbosa. Ella lleva muerta y enterrada diez años. Y yo no tengo intención de desenterrarla.

—¿No va a ayudarme a encontrar al asesino?

—Salga de mi propiedad —repitió Stanton, con la voz apagada.

—He leído todo lo que ha caído en mis manos acerca de este caso.

—Eso sólo refuerza mi opinión sobre usted.

—Y he llegado a la conclusión de que no es posible que Tom Delacroix tuviera nada que ver con la muerte de su hija —continuó Callie, obstinadamente. Si no podía conseguir la ayuda de Stanton

con amabilidad, quizá pudiera causarle impresión para que hablara—. Lo que creo es que, a causa de su determinación inquebrantable de meter a alguien en la cárcel, a cualquiera, por aquel asesinato, usted arruinó la vida de un hombre inocente. Y al estar tan seguro de que Tom Delacroix era culpable, dejó que el verdadero asesino escapara después de aquella... atrocidad.

La pantalla de la puerta se abrió con tal estruendo que, de repente, a Callie se le encogió la garganta y no pudo continuar. Y, exactamente del mismo modo que las tierras al lado del mar de Stanton no habían tenido nada que ver con lo que había imaginado, el hombre que salió de la cabaña era totalmente diferente a la imagen mental que ella se había llevado a aquella entrevista.

Había muchas fotografías de Ben Stanton entre el material que ella había conseguido. Las había estudiado prestando una atención a los detalles que, había tenido que admitir finalmente, no era debido únicamente a su interés en aquel caso.

En la mayoría de las fotos, él llevaba el uniforme de policía, con el cinturón negro abrochado alrededor de sus caderas estrechas. Siempre aparecía con los ojos azules entrecerrados contra la luz, o con gafas de sol. Parecía el vivo retrato de la eficiencia y de la dedicación a su trabajo. Y ninguna de aquellas impresiones encajaban con la realidad del hombre que acababa de salir de aquella casa hecho una furia.

Sólo llevaba unos vaqueros, tan desgastados que eran de color gris. La cintura le quedaba por las caderas, tan estrechas como ella recordaba. Estaba muy bronceado, y tenía el pecho y los hom-

bros anchos y musculosos. Iba descalzo, y tenía los pies tan morenos como el resto del cuerpo. Incluso su pelo era diferente. Lo tenía negro, brillante, más largo que en las fotografías, y con algunas canas en las sienes.

Y no llevaba gafas de sol. Su mirada azul, penetrante y furiosa, estaba atravesándola.

—¿Por qué demonios se cree usted que tiene derecho a... —empezó a decir, con la voz tensa de desprecio.

—Él firmó su obra —dijo ella.

Stanton se quedó callado y abrió mucho los ojos de la sorpresa.

—Quizá no supiera qué era esa marca o qué significaba —continuó ella, obligándose a que su voz sonara calmada—. Pero la vio. Usted tuvo que verla. Alguien tuvo que verla.

No quería sacar tan pronto aquel as de la manga, pero tampoco había previsto que él le diera miedo. La hostilidad de Stanton era palpable, y quizá aquello fuera mejor que revelar lentamente lo que sabía, tal y como había planeado. Al fin y al cabo, la fuerza de la reacción de aquel hombre había confirmado que ella tenía razón.

Y había conseguido su atención por completo. Ben Stanton estaba, literalmente, absorbiendo cada una de sus palabras, y la furia de sus ojos azules se había transformado en algo diferente.

—Dibujó una rosa en la nuca de la niña, escondida bajo la línea del pelo.

Stanton no dijo nada, pero entrecerró los ojos, mirándola fijamente a la cara.

—Tenía una rosa en la nuca, ¿verdad?

Exactamente igual que lo había sabido por su

reacción inicial, supo por el silencio de Stanton que tenía razón.

—La dibujó con un rotulador rojo, o quizá con tinta, pero estaba allí. ¿Verdad, capitán Stanton?

—Salga de mi propiedad —repitió él. No se había movido del borde del porche, pero su mirada había sido lo suficientemente reveladora.

—Sabía que estaba allí. Lo sabía. Y ahora tiene que saber que la persona que asesinó a Kay-Kay hizo lo mismo, al menos una vez, antes —dijo Callie, y vio con satisfacción que la expresión de Stanton cambiaba de nuevo por una de impresión—. Dieciséis años antes de que dibujara esa rosa en la nuca de Katherine Delacroix, le hizo exactamente lo mismo a otra niña. ¿O es que no quiere oírlo? ¿Tiene miedo de que, si lo escucha, tenga que admitir que estaba equivocado?

Gracias a Dios, se había recuperado lo suficiente como para convencer a Callie Evers de que no iba a hablar con ella, pensó Ben mientras pasaba la fregona por la cubierta de su barco. Ya estaba impecable antes de empezar, pero la actividad física le ayudaba a pensar con claridad, quizá porque le enviaba sangre al cerebro. Dios sabía que se había mareado cuando Evers había mencionado la rosa. Y después, se había puesto furioso por dejar que ella lo hubiera sorprendido con la guardia baja. Todavía lo estaba.

Cuando la había oído hablar de aquello, se había quedado tan estupefacto que sólo había podido pedirle que se marchara. Finalmente, le había repetido tantas veces que saliera de su propiedad,

que la orden había surtido efecto. Se había marchado, y aquello le había dado la oportunidad de enfrentarse en privado a todos los fantasmas que ella había resucitado. Hasta aquella mañana, pensaba que había conseguido exorcizarlos.

—Maldita sea —soltó. Luchando por calmarse, se tropezó con el cubo lleno de agua que estaba usando para aclarar la fregona.

No había remedio. Ella había dado en el blanco. Al recordar lo bien que lo había hecho, empujó la fregona con fuerza, usándola como objeto para descargar su furia, la cual iba dirigida, en su mayor parte, hacia él mismo.

Finalmente, mientras trabajaba, había sido capaz de situar lo que ella le había dicho en un contexto posible y probable. A Callie Evers, quienquiera que fuese, le habían proporcionado aquella información privilegiada, y ella había intentado usarla para conseguir que él rompiera el silencio que había mantenido sobre la muerte de Katherine Delacroix durante diez años. Era la única explicación que tenía sentido.

Y decidió que iba a descubrir a la persona responsable de aquella filtración.

El jefe del departamento de policía de Point Hope, integrado por dos hombres, estaba recostado en el respaldo de su silla, con los pies apoyados en el escritorio, cuando Ben entró abriendo la puerta de un portazo, y el ambiente relajado se disipó rápidamente en cuanto empezó a soltar lo que había ido a decirle al que había sido su subordinado.

—¿En qué demonios estabas pensando cuando le has dicho a esa tal Evers lo del dibujo?

Doak Withers había bajado los pies del escritorio en cuanto Ben había entrado, y al oír la acusación, se irguió en la silla. Finalmente, se levantó y se apoyó en la mesa, acercando la nariz a menos de dos milímetros de la de Stanton.

—Muérete, Ben —le dijo.

—Eso no responde a mi pregunta —dijo Ben, ignorando la demostración de ira.

Él también estaba furioso. No veía otra forma de que aquella mujer se hubiera enterado de lo de la rosa, excepto que se lo hubiera dicho Withers.

—Sabes que yo no le daría a nadie una información como esa —le dijo Doak—. Yo no le he dicho a nadie lo del dibujo del cuello de esa niña, y no es probable que lo haga a estas alturas. Y si lo hiciera, no se lo diría a una reportera metomentodo. Ella ya había estado en tu casa cuando vino aquí. Me dijo que había hablado contigo, y que estaba escribiendo un libro sobre Kay-Kay. Y no es que me sorprendiera, porque media ciudad me ha estado llamando por teléfono durante los dos últimos días para quejarse por eso.

—Entonces, ¿qué le has dicho?

—¡Nada! Me imaginé que tú ya le habrías contado lo que quisieras que supiera. Yo no le he dicho nada, y mucho menos nada de la rosa.

—¿Y quién lo ha hecho? —le preguntó Ben.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? —le preguntó Doak. Ambos se habían erguido, y ya no estaban en una posición tan enfrentada—. ¿Qué es lo que te hace pensar que alguien se lo ha dicho?

—El hecho de que... —Ben se detuvo, porque su mente le estaba dando una respuesta en la que no quería pensar. Si alguien de aquella oficina había filtrado el secreto que él había guardado durante más de diez años, entonces...

Entonces él tendría que enfrentarse a la posibilidad de que todo lo demás que le había dicho Callie Evers fuera cierto. Aquello era algo para lo que no estaba preparado.

—No hay otra forma de que haya podido enterarse —terminó la frase, aunque era consciente de que aquellas palabras no tenían significado.

Entonces oyó que Doak dejaba escapar el aire de los pulmones con un bufido.

—Todo lo que estoy diciendo es que no lo ha averiguado a través de mí —dijo Withers, con la voz más calmada.

—¿Simmons?

—¿De verdad crees que yo le contaría a Bill algo confidencial? —le preguntó Doak desdeñosamente—. Ya sabes que no lo haría.

—Entonces, no puede haber sido nadie más.

—Lo pusiste en el VICAP —le recordó Doak.

Aquella era la base de datos sobre crímenes violentos sin resolver que actualizaba y gestionaba el FBI. A pesar de que Ben había tenido clara la identidad del asesino desde que había empezado la investigación, había comparado la rosa con otros signos que hubiera en aquellos expedientes, porque era parte de su trabajo.

De acuerdo con el Bureau, no había nada parecido a lo que él tenía entre manos. No tenían ningún otro asesinato con aquel símbolo del caso Delacroix, ni con detalles parecidos. Así que, dije-

ra lo que dijera Callie Evers, sabía que no había habido otro asesinato parecido a aquel que hubiera quedado sin resolver. Sin embargo, eso no explicaba cómo se había enterado de lo de la rosa, y él necesitaba saberlo.

—Ese es un sistema cerrado —dijo él, pensando en las posibilidades, incluso mientras explicaba por qué el VICAP no era una de ellas—. Nadie puede ver lo que tienen allí. Nosotros nos limitamos a proporcionarles la información sobre el caso de Kay-Kay, y ellos lo compararon con los demás. Y para que Evers consiguiera que hicieran eso para ella... —entonces dudó, intentando pensar si había otra forma.

Doak llenó la pausa.

—Para que alguien hiciera eso, ella ya tendría que conocer el dibujo.

El silencio creció, mientras Ben rechazaba de nuevo la otra posibilidad, la que había mencionado Callie Evers. Le parecía impensable.

—¿Quieres que compruebe si el expediente del caso está completo? —le preguntó Doak, haciendo saltar una chispa de esperanza en la desesperación, cada vez mayor, de Ben—. Puedo asegurarme de que todo está ahí. ¿Quieres que verifique que nadie lo ha abierto?

—¿Tienes alguna razón para pensar que eso ha podido suceder?

El expediente Delacroix siempre había estado guardado en la caja fuerte de la comisaría. Al principio, los medios de comunicación habían intentado ponerle las manos encima por todos los medios. Alguien había llegado a robar las fotografías de la autopsia. Aquello era algo que también

se había achacado a la falta de experiencia de Ben Stanton en casos de alto nivel.

Y no les faltaba razón a los que lo habían hecho, pensó Ben con amargura. En aquel entonces, no tenía ni idea de hasta dónde podrían llegar los carroñeros de la prensa. El robo de aquellas fotografías había sido un aviso. Un aviso que había llegado demasiado tarde.

—No, nada excepto lo que tú estás diciendo —dijo Doak, encaminándose hacia la vieja caja fuerte.

Ben observó cómo Withers movía la rueda de la combinación, que no había cambiado en todos aquellos años desde que él se había marchado. Ni tampoco había cambiado el archivador marrón en el cual se guardaban los expedientes de investigación. solamente con verlos, incluso después de todo aquel tiempo, se le revolvió el estómago.

Toda la frustración y el resentimiento de aquellos días interminables volvieron a invadirlo. Frustración por no poder demostrar algo de lo que estaba seguro. Y resentimiento porque, a pesar de que había hecho todo lo que sabía hacer, a pesar de todas las noches y los días que había pasado sin dormir, aquel siempre sería su fracaso. Su vergüenza.

Una niña había muerto, y su asesino se había escapado. Y había ocurrido en su pueblo, bajo su vigilancia.

—El sello está intacto —dijo Doak, atrayendo su atención hacia la carpeta.

—Rómpelo —le ordenó Ben.

Withers lo miró a los ojos, quizá cuestionando la autoridad que había tras aquella orden. Habían tra-

bajado juntos demasiado tiempo y habían estado muy compenetrados, pero sin embargo, el hecho de que las posiciones estuvieran invertidas en aquel momento interfería en la dirección de la orden.

Doak deslizó el pulgar entre el lacre y el papel, y rompió la goma en dos. Sin embargo, no hizo ademán de abrir la carpeta. Ben miró hacia arriba en el instante justo en el que su anterior subordinado tragaba saliva, captando el movimiento de su garganta.

—Abrir esto parece como... demonios, no sé. Como una especie de profanación —dijo Doak, mirando el expediente.

Aquello era exactamente de lo que él había acusado a Callie Evers, pensó Ben. De desenterrar el asesinato de una niña para satisfacer el apetito morboso de la misma gente que había devorado las hojas de los periódicos sensacionalistas, con aquellas fotografías espeluznantes.

¿Acaso él era mejor que todos los demás? Él había puesto aquel sello de lacre en aquella carpeta hacía ocho años, porque no había sido capaz de hacer nada con lo que contenía.

Conocía aquel material detalle por detalle, pero no le había llevado a ninguna parte. Y durante todo el tiempo había sabido que, a pesar de lo que había allí, nadie conseguiría devolverle la vida a Kay-Kay.

—La profanación va a ocurrir si alguien saca a relucir que nos guardamos esta información —dijo—. Vamos a estar de nuevo en las portadas de todos los periodicuchos de este país.

Entonces, Doak dejó que el contenido de la carpeta se extendiera sobre el escritorio.

—Sírvete tú mismo —le dijo. Después, Withers dejó la carpeta sobre la mesa y se alejó hacia la ventana que daba a la calle principal del pueblo.

Ben empezó a buscar entre el montón. Cuando llegó a las fotografías de la autopsia, atadas con un cordel, sintió la bilis en la garganta. No las miró. Si quería ver aquellas imágenes de nuevo, las tenía perfectamente intactas y vívidas en su inconsciente. Y en sus pesadillas.

Tragó saliva para reprimir una náusea mientras continuaba mirando el resto de las cosas, y se obligó a comprobar que todo lo que había en el listado que él mismo había hecho estaba sobre la mesa.

Seguramente, en la actualidad hubiera tenido un ordenador. Sin embargo, en aquellos días las cosas no eran tan sofisticadas, y menos en Point Hope. Así que había guardado copias de cada informe que se había generado durante la investigación del caso. Y también había guardado sus propias notas, que estaban allí, con el resto de las cosas. Justo donde debían estar.

También estaba el dibujo que él mismo había hecho de la pequeña rosa roja. Todavía recordaba haber apartado los mechones de pelo rubio que se aplastaban contra la frágil nuca de Kay-Kay aquella mañana, para dejar a la vista la diminuta flor.

No había ninguna fotografía de aquella rosa entre las de la autopsia. Doc Cooley, el que ocupaba el puesto de médico forense del condado cuando había ocurrido el asesinato, no la había visto. El suave pelo rubio se había secado para cuando Doc había hecho la autopsia y había ocultado la flor.

Y aquel había sido otro error. Ben había supuesto que Doc la vería. Sin embargo, cuando había abierto la carpeta que contenía las fotografías del examen forense y se había dado cuenta de que no había ninguna de la rosa, los Delacroix ya habían enterrado a su hija. En aquel momento no iban a permitir a las autoridades, y especialmente a las del Departamento de Policía de Point Hope, exhumar su cuerpo.

«Así que no hay manera», pensó Ben, acariciando el dibujo con la punta de los dedos. No había forma de que Callie Evers se hubiera enterado de aquello. No, a menos que estuviera diciendo la verdad. Movi6 la cabeza negando lentamente, tragando de nuevo para evitar otra náusea.

—¿Falta algo? —preguntó Doak.

Se volvió y se encontró a su antiguo subordinado mirándolo.

—Nada —admitió Ben.

No faltaba nada de lo que él había puesto en aquella carpeta ocho años antes. Nada, excepto la certidumbre absoluta que tenía, cuando lo había sellado, de que sabía quién había sido el culpable de la muerte de Kay-Kay. Y aquella era la única cosa que no podía permitirse perder.

Capítulo 3

—Creo que me quedaré aquí un poco más —le dijo Callie a su casera—. Si no te importa.

La paz del porche de Phoebe era más que acogedora. Y el vaso de vino fresco que le había dado le estaba calmando los nervios, después de sus entrevistas con Ben Stanton y con Doak Withers.

Ya se estaba temiendo que ocurriría lo mismo con las demás personas con las que tenía que hablar. Personas que habían estado involucradas en aquel caso, tanto como Stanton. Y si reaccionaban con la misma hostilidad...

—Haz exactamente lo que más te apetezca, querida —dijo Phoebe—. No tienes que pedirme permiso. Compórtate como si estuvieras en casa de tu madre. O de tu abuela. Me imagino que debo de ser tan vieja como para ser tu abuela.

Parecía que Phoebe había perdonado a Callie por sus razones para estar allí. O, si no la había

perdonado, al menos lo había aceptado. Quizá fuera debido a la proverbial tolerancia de los sureños con los escritores excéntricos.

—Me apetecería dar un paseo hasta la orilla. ¿Crees que es seguro?

—¿Seguro? —repitió Phoebe, divertida—. Querida, puedes ir donde quieras en este pueblo, a cualquier hora del día o de la noche. No ha habido ningún crimen desde...

«Desde que alguien asesinó a una niña».

—En mucho tiempo —terminó Phoebe, diciéndolo rápidamente para disimular la duda—. Point Hope no es como Nueva Orleans, ni como Birmingham, ni como ninguno de esos lugares sobre los que hayas podido leer.

—No quería molestar a sus vecinos —le explicó Callie—. Me preocupaba despertar a los perros del vecindario, y causar un estruendo —añadió.

—Todos somos demasiado viejos como para tener perro. Los hemos sobrevivido. Aunque a mí no me importaría tener un perro guardián, ahora que lo dices. Te avisan cuando llega alguien. Así tendría tiempo para recoger todo el desorden si son mis amigos, y de esconder la bebida si es el cura... —dijo Phoebe, y su risa resonó en la tranquilidad de la noche—. Puedes ir por donde quieras —continuó—. Por el camino, o por los muelles. Pero creo que no deberías adentrarte mucho en el agua, si vas a nadar. Es peligroso nadar sola, sobre todo de noche.

—No te preocupes por eso —le dijo Callie. No era una buena nadadora, así que nunca se había sentido segura en el mar.

—Buenas noches, entonces —dijo Phoebe—.

Que duermas bien, y no dejes que te piquen los bichitos de la cama.

—No deberías tener bichitos de las camas, Phoebe. Te van a retirar la licencia de la casa de huéspedes —bromeó Callie.

—¿Sabes? Ni siquiera sé qué son esos bichitos —dijo la anciana—. Eso era algo que les decía a mis hijos cuando se iban a dormir. Supongo que es porque mi padre también nos lo decía a nosotros.

—No sabía que tuvieras hijos.

Callie no recordaba haber visto ninguna fotografía de familia de Phoebe por la casa. Quizá desde que la había abierto a los huéspedes, había quitado las fotos y se las había llevado a la parte privada de la casa.

—Dos chicos. Uno de ellos murió en Vietnam. Sólo tenía veintiún años. Toda la vida por delante —la voz, a través de la oscuridad, había perdido su tono habitual de buen humor.

—Lo siento muchísimo, Phoebe. No quería recordarte nada...

—Oh, cariño, eso fue hace mucho tiempo —dijo la mujer, cortando su intento de disculparse.

—¿Y tu otro hijo?

El sonido de la pantalla de la puerta al cerrarse ahogó la última palabra de su pregunta. Incluso en el poco tiempo que Callie había pasado de huésped en casa de Phoebe, Callie había descubierto que su casera era un poco dura de oído. O quizá, pensó, la audición de Phoebe fuera selectiva. Quizá evitara los asuntos que le resultaran dolorosos, como, evidentemente, era la muerte de su hijo.

«Demasiados fantasmas», pensó.

Terminó el vino y echó a andar por el camino que bajaba hasta la playa. La noche era clara y tranquila, a pesar de que había luna nueva. Según se acercaba a la orilla, la brisa le acarició la cara. El aire tenía cierto olor a algas y a pescado, y de repente, por encima de aquellos olores, percibió un hedor repulsivo.

La corriente debía de haber arrastrado algo a la arena, y con aquel calor, cualquier desecho orgánico se habría convertido en algo desagradable. ¿Lo suficientemente desagradable como para hacer que volviera atrás? En cuanto se le pasó por la cabeza la idea de volverse a casa, el hedor desapareció, y volvió a percibir el olor a mar. Elevó la cara y aspiró con fuerza. El viento le revolvió un mechón de pelo y se lo llevó a los ojos.

Levantó una mano para apartárselo de la cara, pero antes de que pudiera completar el movimiento, unos dedos masculinos y fuertes la tomaron por la muñeca. Tiró del brazo hacia delante, en contra de la mano que la sujetaba. Después intentó volverse, pero el movimiento se vio interrumpido por la posición poco natural que le obligaba a tomar Ben Stanton, sujetándole el brazo por encima de la cabeza.

—¿No tiene miedo de estar aquí sola con un asesino suelto?

—Suélteme —le dijo, con la voz calmada.

Él obedeció, y entonces Callie se volvió para mirarlo de frente, resistiendo el impulso de frotarse la muñeca. No le había hecho daño, pero se había quedado con la sensación de que él la había controlado, y no le gustaba. Se sintió como una

de aquellas heroínas góticas que se frotaban los labios después de que las hubiera besado el villano.

Pero él no era un villano, a pesar de que lo hubieran acusado de casi todo lo demás. Y no la había besado. A juzgar por su tono de voz, besarla era lo último que tenía Ben Stanton en la cabeza.

Al darse cuenta de lo que le habría podido llevar allí, a Callie se le aceleró el corazón. Intentó controlar la respiración para que no se oyera en el silencio de la noche.

—Si estuviera asustada, no habría venido aquí —después de todo, si seguía el modelo, el hombre que había matado a Kay-Kay se habría marchado de Point Hope hacía muchos años—. Además —añadió—, estoy segura de que el capitán Withers y su subordinado están de patrulla, haciendo el mundo más seguro para la democracia —la negativa del comisario a hablar con ella todavía le molestaba.

—Le gustan los blancos fáciles —dijo Stanton.

Ella sacudió ligeramente la cabeza. No había entendido lo que él quería decir, aunque aquel comentario era, evidentemente, una respuesta al suyo. Blancos fáciles. ¿Se refería a Withers? ¿A los sureños?

—Los chicos de azul, los policías. El blanco de todas las bromas.

—Caqui.

Se sintió aliviada porque no le temblara la voz a pesar de su nerviosismo. Ben Stanton había ido a hablar con ella, aunque pareciera increíble después de su enfrentamiento.

Al oír aquella palabra, él entrecerró los ojos, y

ella ya no pudo distinguir su color, ni si su mirada era tan fría como aquella mañana. Al menos, estaba vestido. Callie había descubierto que había pocas cosas tan intimidantes como un hombre furioso y medio desnudo.

—Usted iba vestido de caqui, no de azul —dijo ella, preguntándose por qué le estaba explicando aquello. ¿Qué importancia tenía?

—¿Se supone que tengo que sentirme halagado porque usted se diera cuenta?

—Se lo he dicho. Sé todo lo que hay que saber acerca de este caso —«incluyendo lo que usted encontró en la nuca de Kay-Kay».

—Si va usted a hacer una acusación como la que ha hecho esta mañana —le dijo Stanton—, más le vale tener pruebas para fundamentarla.

De nuevo, Callie se sintió aliviada. Parecía que no iban a jugar al ratón y al gato. Tenía la sospecha de que Stanton sería mucho mejor que ella en aquel juego.

—Puedo demostrárselo —le dijo ella.

Contuvo la respiración mientras esperaba su respuesta. Aquello era lo que había estado esperando. Una oportunidad para averiguar lo que sabía Stanton, para poder combinarlo con sus propios conocimientos. Y quizá entonces...

—¿Enseñarme qué?

—Mi material. Pero lo tengo en mi habitación. Creo que Phoebe ya se ha ido a la cama, así que quizá no deberíamos...

—Su virtud está a salvo conmigo, señorita Evers —dijo él, en tono ligeramente burlón.

—No me refería a eso —dijo ella, rígidamente. Su comentario no había tenido carga sexual,

pero por alguna razón, ella se sintió un poco azorada porque Stanton pudiera pensar que estaba coqueteando.

«No importa lo que él piense», se dijo, rogando que la oscuridad ocultara lo ruborizada que estaba. No importaba nada, siempre y cuando él le dijera lo que necesitaba saber, así que se dio la vuelta y empezó a subir por el camino.

—Eso podría ser algo —dijo Ben, satisfecho con su tono de voz. Transmitía la sensación de que aquello no le importaba, y sin embargo tenía una náusea en la garganta.

—Pero usted y yo sabemos lo que es —dijo Callie—. Es parte del tallo de una rosa. Exactamente igual que la que dibujó en su otra víctima.

Ante aquella certidumbre y aquella calma, Ben volvió a mirar la fotografía que ella había dejado sobre el escritorio de su habitación y después a sus ojos. Eran de color verde grisáceo, como el mar cuando uno se adentraba lo suficiente. El color le iba bien a su piel, que era casi céltica en su blancura, teñida en aquel momento por un sutil rubor en los pómulos.

«¿Nerviosismo o convicción?», se preguntó Ben.

—Yo no sé nada, señorita Evers, excepto lo que usted me ha dicho. Y hasta el momento no me ha enseñado ninguna prueba. Ni siquiera de ese otro crimen del que habla sin parar.

—Hawkins Bluff, Carolina del Norte —dijo ella.

Las palabras sonaron muy bajo, pero su voz se había llenado de expectación, como si tuvieran

que significar algo para él. Pero no tenían significado. Ninguno.

—¿Me está diciendo que una niña fue asesinada en Carolina del Norte hace veintiséis años, exactamente igual que esta? —le preguntó, poniendo el dedo encima de la foto.

No volvió a mirarla. No necesitaba hacerlo. Era la que él había examinado unas doscientas veces, como las otras, buscando algo que pudiera haberse escapado. Algo que le permitiera terminar con las pesadillas que habían poblado sus sueños durante años, después de que descubriera el cuerpo de Kay-Kay.

Hubo algo que nunca encontró. Algo que tampoco iba a encontrar allí, aquella noche.

—No... exactamente igual —admitió ella—. Quizá por eso nadie los había relacionado antes. Por eso, y por el hecho de que usted no lo revelara todo sobre el asesinato.

—El policía que lo diga todo sobre un asesinato sin resolver es tonto. Y piense lo que piense usted sobre mí, señorita Evers, yo no soy tonto. Dígale a Lorena que esto no va a funcionar. Dígale que ya es hora de que deje de tirar el dinero.

Hubo un silencio.

—¿Piensa usted que la señora Delacroix me ha contratado?

Le había dado muy bien el toque de incredulidad a sus palabras, reconoció Ben. Por supuesto, Lorena tenía dinero para contratar a la mejor. Aquello siempre había sido parte del problema.

—O quizá se supone que tengo que creerme que usted disfruta mirando fotografías de autopsias de niños asesinados con una lupa.

Por su mirada, él supo que tenía razón. Ella nunca habría podido ver aquella pequeña línea curva si no hubiera examinado la foto con una lupa. De la rosa, no se veía más que el tallo, e incluso sólo se advertía si uno estaba buscándola. No podía haberla identificado como parte de un dibujo sin una lente.

Lo cual era discutible, supuso, porque él nunca había admitido que hubiera un dibujo en la nuca de Kay-Kay. Y no iba a hacerlo. No ante ella.

—Se lo dije —explicó ella—. Yo estaba buscando algo como esto. Y lo encontré, justo donde estaba la otra.

—¿La otra qué?

—La otra rosa. El otro asesinato.

—En... Carolina del Norte, ¿verdad? —el sarcasmo fue deliberado. Y si tuvo algún impacto, ella lo disimuló bien.

—Exacto.

—Dígame el año y el día.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de nada. Usted es la que me está intentando convencer de que este cuento chino es verdad.

—Y usted es el que está intentando convencerse de que no ha podido equivocarse —replicó ella, devolviéndole la burla—. Si quiere esa información, tendrá que darme algo a cambio. Algo como una admisión pública de que encontró el dibujo de una rosa en la nuca de Katherine Delacroix.

Él se irguió y se apartó del escritorio con brusquedad. Callie dio un paso involuntario hacia atrás, con los labios separados por la sorpresa, o por el miedo.

Había visto aquella emoción en sus ojos cuando, aquella mañana, había abierto de un golpe la pantalla de la puerta de su casa, y cuando la había tomado de la muñeca aquella noche. Por supuesto, aquello había sido deliberado, calculado para asustarla. Quería amenazar su equilibrio para ver cómo reaccionaba, y hasta entonces, ella no había consentido que le hiciera perder la calma. Sin embargo, en aquel momento, su ansiedad era evidente.

«Así se hace, Stanton. Estás haciendo un buen trabajo asustando a esta mujer», se dijo, mirándola a los ojos. Leyendo en ellos la lucha para recuperar el control y esconder el ataque de ansiedad.

—No voy a darle nada a cambio —reiteró él—. Crea lo que crea haber encontrado en esa fotografía, yo no estaba equivocado en cuanto a Tom Delacroix. Y puede decirle a Lorena que, mientras me quede aliento, seguiré diciendo que su marido era un asesino miserable que estranguló a su hija para impedir que gritara mientras la violaba.

La impresión causada por aquella descripción brutal se reflejó momentáneamente en los ojos de Callie Evers, pero aquella vez ella no se encogió. No huyó de su furia. En vez de eso, dio un paso que la acercó al escritorio y tocó la foto que había dejado allí.

—Entonces, ¿cómo explica la similitud entre los dos asesinatos? —le preguntó—. ¿Cómo explica la otra rosa?

—Que yo sepa, no existe. A menos, por supuesto, que usted tenga pruebas.

Si las tuviera, hubiera puesto las dos fotografías

juntas en el escritorio. Así era como se hacían aquellas cosas. Se exponía todo desde el principio, si uno quería obligar a la persona a examinar las pruebas y admitir lo que implicaban. Ella no lo había hecho. Sólo le había enseñado cosas que él ya sabía.

—Le aseguro que el caso está bien documentado.

—Creo que hemos terminado aquí, señorita Evers. La habría escuchado si hubiera podido mostrarme...

—Fue el nueve de julio de mil novecientos setenta y cinco. Y, en caso de que no sepa dónde estaba Tom Delacroix en aquel momento, se lo diré. Estaba cumpliendo una pena en un centro de rehabilitación para alcohólicos. Estaba bajo llave.

Ben sabía que había habido algo así, aunque no estaba seguro de las fechas. Una sentencia de seis meses, que podría haber sido mucho más larga, teniendo en cuenta las múltiples reincidencias. La última vez había huido de la escena de un accidente que él había provocado. Podría haber sido una sentencia mucho más larga, de no haber sido por el dinero y la posición de su padre.

—Pruebas —dijo Ben, en un tono suave pero exigente.

—El juzgado se quemó. Los informes del asesinato...

Él le acercó la fotografía que estaba entre ellos por la superficie de la mesa.

—Pruebas —repitió.

—Salió en todos los periódicos —dijo ella, con calma.

—Informes de la policía, el informe de la au-

topsia, fotografías de la autopsia... —enumeró Ben—. ¿Tiene usted algo de eso?

—Ya se lo he dicho. El juzgado donde estaban todos esos informes se quemó a principios de los ochenta.

—Eso es una casualidad muy desgraciada —dijo él—. O algo muy conveniente. Supongo que depende del punto de vista, ¿no le parece?

—Tengo los recortes de la prensa.

—¿Declaraciones?

Ella asintió.

—Del periodista. Dice que el comisario...

—¿Tiene una declaración de él? ¿Del comisario?

La pausa fue demasiado larga, así que él supo de nuevo cuál sería su respuesta antes de que se la diera.

—Está muerto. Hablé con su viuda, que recordaba que él había mencionado la rosa. Y el periodista...

—¿Alguna de esas dos personas le ha dicho que viera personalmente el dibujo?

—No —respondió ella, en voz muy baja.

—¿Y éste es su caso? —le preguntó él, burlándose. Después, se le endureció la voz—. No tiene nada, señorita Evers. Créame, yo desearía que lo tuviera.

Ella soltó una carcajada, tan amarga que él se quedó sorprendido.

—No, no es cierto. Esa es su peor pesadilla. La idea de que alguien pueda demostrar que está equivocado. Usted fundamenta su reputación en la culpabilidad de Tom Delacroix. Usted le echa la culpa de su fracaso a la hora de resol-

ver el asesinato al dinero y la influencia del los Delacroix. No puede soportar el hecho de que exista la posibilidad de que usted lo echara todo a perder.

Quizá aquella no fuera su peor pesadilla, pero estaba muy cerca. Demasiado cerca.

Él sostuvo su mirada sin decir una palabra. No estaban tan cerca como lo habían estado Doak y él aquella tarde, pero lo suficiente como para percibir que había manchitas marrones en el verde de sus ojos.

Y de la misma manera que había considerado que la furia de Doak era un puro farol, supo que la de Callie Evers no lo era. No sabía cuál era la razón por la que ella estaba allí, o si Lorena tenía algo que ver, pero fuera lo que fuera, Callie Evers creía lo que acababa de decirle.

—No sabe nada de mi peor pesadilla, señorita Evers. Y por su bien, espero que nunca lo averigüe.

Y sin decir nada más, se volvió y salió de la habitación, caminando a través de la casa de Phoebe, completamente a oscuras, como si hubiera vivido allí durante toda su vida. No se acordó de volver a tomar aire hasta que estuvo en la calle y sintió el calor familiar del verano.

Cerró la puerta de la calle tras él y se apoyó en el quicio. Cerró los ojos, que le ardían. Se los frotó con el dorso de las manos. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, dejó de frotarse, se irguió y echó a andar hacia su todo terreno. Por el camino, el olor de algo muy desagradable subió hasta él desde el agua. Sin embargo, no aminoró el paso, y el olor pasó casi